

CRÓNICAS DE
UN PUEBLO



Santa Catalina de la Caridad

Diego Avilés Correas

En la Murcia de otros siglos, la que apuntaba al cielo sólo con sus campanarios y los miradores de los conventos, la plaza de Santa Catalina era el centro neurálgico de la ciudad.

Este lugar que durante la dominación musulmana ya era de los más importantes de la urbe al encontrarse en ella la mezquita de Hazim al Qartavanni, tomó su verdadero realce durante la Edad Media gracias a la tradición castellana de agrupar los fastos públicos en plazas mayores.

De este modo, la plaza de Santa Catalina, obtuvo la centralidad de cuyos vestigios seguimos viviendo. Era el lugar donde desarrollar proclamaciones reales, juicios públicos, reuniones concejiles y otras tantas efemérides. Es por ello que el aire que se respira en este trocito de Murcia viene borracho de historia y de leyenda.

Al edificarse la primigenia Iglesia de Santa Catalina, entrado el siglo XV y siguiendo los patrones artísticos del gótico más tardío, este barrio volvió a relanzar su nombre al ser lugar de bautismo y enterramiento de algunos prominentes murcianos de los siglos XV y XVI

La torre del templo en cuestión, fue la más alta de la ciudad durante ese siglo y desde ella se marcaban las horas del día y se vigilaba la huerta aldeaña. Hoy, la torre de Santa Catalina, acotada y enmudecida, contempla la vida rápida de una ciudad cosmopolita que crece aprisa y se posiciona entre las principales capitales del país.

Quienes leemos las páginas de esta publicación y nos consideramos enamorados de las sutiles estampas cofrades de rincones y cercanía, deberíamos dar las gracias a los intereses inmobiliarios del adelantado del reino Alonso Yáñez Fajardo por frustrar el proyecto de ensanchamiento de dicha plaza que, hoy día, nos regala un sábado corinto recogido e íntimo, un magnífico palco desde el que contemplar la gran mayoría de nuestras procesiones.

Pese a la transformación de la ciudad, la variedad de usos de este barrio y al progreso urbanístico - muchas veces desmedido, entre los años 50 y 80 del siglo XX - la plaza de Santa Catalina continúa siendo un lugar donde se aprecia la esencia de la Murcia pretérita, donde se contempla la vida; la vida amable, la de los paseos y reencuentros.

En los episodios históricos de este barrio, toma un importante valor el siglo XX. Y no pre-



cisamente por el desarrollo urbanístico del mismo, sino por hechos tan importantes como la instauración del Museo Ramón Gaya o la fundación de un magno instrumento cultural y devocional que ya forma parte de las páginas doradas de nuestra Semana Santa y que nos reúne en su entorno; la Cofradía del Cristo de la Caridad.

La historia de las ciudades la escriben sus barrios y los barrios son su gente. Desde finales de este siglo, que tuvo que soportar batallas, el corazón de Murcia late con fuerza en Santa Catalina. Este templo - como antes decía; adormecido - despertó del sueño que le paralizaba y a principios de los años 90 involucró a todo el barrio en un proyecto que hoy es parte de nuestra vida.

Si estudiamos la historia de Murcia a través de sus barrios, si indagamos en los archivos que guardan el testimonio de los siglos, apreciaremos la importante herencia tomada de las obras humanas que han llegado hasta hoy. Obras humanas que son consecuencia de los comportamientos humanos y movidos por la pasión, la religiosidad y el amor a esta tierra.

Quien diría a esos hombres de la huerta que, reunidos en círculos casi perfectos, al compás de la campana y alzando oraciones cadenciosas durante los amaneceres de la huerta, vestirían de gala nuestro patrimonio cultural hasta ser sus obras, sus hechos y sus formas, reconocidas y protegidas por la humanidad.

De igual modo, debemos creer en que los hechos que narran el diario de una Cofradía son historia viva de la Murcia que queremos y parte que contar de Murcia en el futuro.

Debemos estar orgullosos de ser hijos de nuestro tiempo y de haber vivido las primeras procesiones de un Sábado de Pasión. La fundación de la Caridad es una de las obras más prodigiosas que han realizado los hijos de esta tierra de insobornable color corinto.

Las cofradías murcianas, como sucede en otras tantas ciudades españolas, son la quintaesencia de los barrios que acogen su sede. Son, posiblemente su corazón, su alma, su vida. Fortalecen el tejido social de los barrios y contribuyen a crear el sentido de cuidado y preocupación por el prójimo, algo esperanzador ante la sociedad vacía que nos amenaza.

Santa Catalina, la del Concejo y fastos medievales, es hoy Santa Catalina, la de la Caridad. ¿Qué mejor sensación para este barrio que en la tarde del Sábado de Pasión? Si es la explosión de todos sus valores; historia, tradición, fe, convivencia, encuentro, participación y justificado sentimiento de pertenencia. Pero estos no son valores espontáneos, sino que conllevan un trabajo y un empeño en el que la Cofradía de la Caridad es vivo ejemplo.



Los “andares” del Cristo de la Caridad

Mariano Egea Marcos

Si hay algo característico e innato a los desfiles procesionales de Murcia, es el andar de los tronos. Nos estamos refiriendo a los pasos tradicionales con estantes vestidos de corto, esto es, vestidos a la vieja usanza, túnica corta; enaguas; medias de repizco; esparteñas; americana asomando solapas por encima de la túnica y pañuelo a la cabeza.

Esa es la vestimenta del estante murciano, luego hay variedades que surgieron con la aparición de nuevas cofradías durante el pasado siglo XX. Unas optaron por la túnica larga, Salud, Rescate y Silencio, y otras por la tradicional túnica corta a la que incorporaron las puntillas en puños y pechera descartando la americana. Incluso alguna estableció un tipo de vestimenta mas propio de otros lugares que de ésta Murcia nuestra.

De las postrimerías del pasado siglo es la Cofradía de la Caridad, concretamente 1993 fue su año de fundación, que apostó desde un principio por mantener la tradicional vestimenta murciana en sus nazarenos, así como, la esencia del andar propio de los tronos en Murcia. Andar, todo hay que decirlo, que es mucho mas factible de realizar bien, en tronos de dos nazarenos por vara, que en los que han optado por meter en cada vara tres estantes. Hecho éste que tuvo su apogeo con la aparición de los pasos llamados “cooperativa” en la que los gastos de su realización y mantenimiento se distribuyen entre los nazarenos estantes. A mas nazarenos lógicamente el montante a pagar es menor. Algo beneficioso para la aparición de numerosos tronos nuevos en distintas cofra-



días, pero perjudicial a su vez para el mantenimiento de la propia idiosincrasia del trono murciano y su andar. No nos engañemos, un trono con tres estantes por vara no anda igual que uno con dos.

Es por ello de agradecer que la Cofradía de la Caridad optase desde sus inicios por lo tradicional, por lo murciano, no sólo en los tronos sino en toda la estética que rodea la puesta en escena de la procesión corinta. Mayordomos, penitentes y estantes visten a la vieja usanza murciana que ha permanecido entre nosotros, a lo largo de los siglos, con las procesiones de Jesús, Sangre, Perdón y Servitas.

Ver andar al Cristo de la Caridad te retrotrae a tiempos pretéritos en los cuáles los tronos andaban despacio, echando los pies p' delante los puntas delanteros, para ir frenando el empuje que las varas traseras imprimen al trono a la vez que los puntas exteriores (palomitas) llevan la dirección del trono, sin olvidar a los esenciales tarimas que son las columnas que sustentan la plataforma que es el paso. No quiero decir con esto que no haya pasos en Murcia que no mantengan éste andar, pero muchos lo han desvirtuado, no nos engañemos.

Tuve la ocasión de acompañar durante todo el recorrido procesional al Cristo de la Caridad y me pude empapar del buen hacer de esta plantilla de nazarenos estantes, con su cabo de andas al frente, llevando sobre sus hombros al Titular de la Cofradía. Lo primero que advertí fue el compañerismo existente entre toda la dotación. No se podía distinguir entre titulares y suplentes, todos a una en cada momento de la procesión. Ni un quitate que ese es mi “puesto” ni una mala cara por abandonar el sitio ante las directrices del cabo de andas. No advertí en todo el trayecto que ningún sitio fuese vacío, incluso en situaciones propicias para ello, como las paradas del trono en las que los nazarenos obsequian a familiares y amigos con los clásicos caramelos, siempre había un nazareno presto a tapar el hueco dejado por el compañero.

La recuperación del botijo bajo el trono fue una agradable sorpresa, la manera tradicional de refrescarse el estante, ha sido durante muchos años, un buen trago de agua del botijo o cántara, que también se usaba, que colgaba durante el trayecto debajo del trono y si éste botijo lleva sus correspondientes “goticas” de anís seco, mejor que mejor.

Pero si algo me embargó fue el andar del trono, despacico, sin prisas, sin alardes innecesarios, arriba siempre, sin hundirse ni siquiera en los últimos momentos de la procesión cuando las fuerzas decaen. Girando en cada curva como mandan los cánones del estante, empujando el punta vara y dejándose llevar a la vez que aguantado el punta contrario. Enderezando los puntas traseros la dirección del trono para dejarlo recto tras la curva y encarar la calle. Ver andar al trono del Cristo de la Caridad es saborear lo añejo en una joven cofradía.

La puesta en escena de la procesión corinta es un amplio catálogo de lo bien hecho, lo bien trabajado. La elección de las bandas de música y su repertorio; la iluminación de con cera en todos los pasos; los arreglos florales; la vestimenta tradicional murciana en toda su esencia. Todo es tradición y murcianía en la procesión y eso es muy de agradecer.

A Manolo, Martín, Andrés, Damián, José Carlos, Juan Pedro, Carlos, David, Tomás, Jesús... y el resto de componentes de la plantilla de estantes del Cristo de la Caridad, Gracias.

Nazareno desde niño

Juan de Dios Giménez Cortés

“Hola abuela, soy tu nieto Juan. Hoy es Domingo de Ramos. ¿Me vas a llevar a ver la procesión?”

Así empezaban mis Semanas Santas siendo pequeño. Mi abuela me llevaba a esa, que era la primera procesión que salía en aquella época. Después me llevaba a todas las que salían por aquel entonces. Ella me explicaba todo sobre la Semana Santa, a ella también le encantaba e inculcó en mí esa pasión suya. Yo, gracias a ella, me aprendí de memoria todos los pasos de cada una de las procesiones que salían por las calles de aquella Murcia de los años 70 y 80.

Esto fue así mientras su mente se lo permitió. Los años y la memoria empezaron a hacer de las suyas. Entonces se produjo un hecho que nunca olvidaré. Empecé a ser yo quien la llevaba a ver esas procesiones que tanto le gustaban. Así seguíamos yendo los dos juntos a disfrutar de esa pasión común.

Con catorce años comencé a salir en procesión como Mayordomo del Viernes Santo en la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Cargando el paso salía mi padre, al igual que había hecho mi abuelo durante muchos años. Ese año los sentimientos se agolpaban todos de una vez. Fueron cinco años cargados de ilusión y nervios cada vez que llegaba ese mágico día.

Un Jueves Santo por la tarde, con diecinueve años, recibí la llamada telefónica del Secretario de la Cofradía. Tenía que ir a recoger la túnica para cargar a Nuestro Padre Jesús la mañana siguiente. Me sentí flotar, era algo tan esperado y hablado en casa que no me podía creer que pudiera suceder. Menos me podía creer salir junto con mi padre.

A día de hoy, junto con mi hermano, sigo teniendo el privilegio de llevarlo sobre mi hombro. Igual que los dos ramitos de flores de Nuestro Padre Jesús Nazareno siguen llegando todos los Viernes Santos por la tarde a la tumba de mi abuela y mi abuelo.

Con el pasar de los años y ante la posibilidad de crear un nuevo paso de Semana Santa en la Cofradía de la Caridad (San Juan), junto a un grupo de amigos, me decidí a dar ese paso. Para esto recibí la ayuda de mi hermano sin el cual no habría podido hacerlo. Como yo no trabajaba, él me dejó el dinero para poder unirme y todavía hoy seguimos saliendo juntos. Una vez más vuelve



a salir la abuela a relucir, ella iba a misa de siete todos los días en Santa Catalina, su barrio.

Años antes, otro amigo me habló de la posibilidad de salir cargando a la Virgen de la Soledad de San Antolín. Sin duda alguna, acepté inmediatamente dicha oferta y realicé mi solicitud para poder hacerlo. Casi veinte años después recibí otra llamada inesperada y desde el 2010 se vuelve a producir esa magia de conexión con mi abuela. Aunque era muy devota de la Dolorosa de Salzillo, cada vez que pasaba la Soledad por delante nuestra los Lunes Santo, a ella se le veía un brillo especial en los ojos. Nunca supe por qué le pasaba, pero así sucedía.

Los sentimientos son indescriptibles cada vez que meto mi hombro debajo de uno de estos pasos. Más desde que mi hijo, con tan solo cinco años, se unió a mí en este periplo. Ahora, con ocho años, sale en las tres procesiones él también.

Así seguía mi vida nazarena, saliendo en mis tres procesiones y hasta al año que viene. Eso sí, todo el año venían a la mente imágenes y recuerdos de Semana Santa.

Cuando ya creía que no podría sentir nada nuevo con la Semana Santa, hace casi tres años y debajo del trono de Nuestro Padre Jesús Nazareno, recibo otra “llamada”. Esta no fue telefónica, sino cara a cara. Me ofrecen ser Secretario de la Cofradía de la Caridad. Ante la sorpresa, mi primera respuesta fue un no. Pero dicha propuesta se produjo donde esa persona sabía, bien por inspiración divina del momento o porque así lo había pensado de antemano, donde me lo tenía que pedir para que yo aceptase. Efectivamente, al final lo hice y conmigo se unió también a ese proyecto, una gran persona como Vice-Secretario.

Cada día que pasa pienso más que ahí arriba, hay personas que siguen asomadas a las ventanas de sus casas, viendo pasar las procesiones de Semana Santa y mandando mensajes a la gente aquí abajo, explicándoles también donde y como pedir ciertas cosas.

Ahora pasamos el año haciendo cosas por la Cofradía de la Caridad y preparando la Semana Santa. Aunque sabes que todo esto lleva consigo mucho trabajo, no te das cuenta de cuanto es en realidad, hasta que no estás dentro del todo. Esta locura que nos da a los que nos gusta tanto la Semana Santa, no tiene explicación, pero sí sé que, a día de hoy, no me veo participando en la misma sin aportar mi granito de arena durante todo el año.

“Abuela, ya han pasado los tambores. ¿Nos vamos a casa?”



Breves apuntes de una de las sedes canónicas más antiguas de Murcia

Tomás Guillén Luna
Celador Hermandad Santa Mujer Verónica

La iglesia de Santa Catalina, sede canónica de la Muy Ilustre y Venerable Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad, es de las más antiguas de la ciudad de Murcia, enclavada en la plaza que durante siglos fue la Mayor y la más neurálgica de la urbe. Demostrado está con ese minúsculo recuerdo monumental epigráfico, que nos dejaron con mucho acierto los alarifes de alguna de las muchas reformas de la iglesia, y que forma parte de uno de los muros de la capilla que alberga las tallas del titular de la cofradía y de la Verónica y San Juan. Antigua porque la iglesia se edificó sobre la estructura de una antigua mezquita, digamos de barrio para entendernos, vestigio en este caso no documental sino material es esa inscripción en árabe de la pared antes citada.



Algunos estudiosos expertos aseguran que la torre es de fundación templaria, no está documentalmente probado, pero sí que fue durante las primeras centurias de la ciudad cristiana la torre vigía y control de posibles invasiones enemigas, ya que era la más cercana a la parte sur de la nueva ciudad y sobrepasaba por altura la muralla medieval, todavía en pie de aquella Murcia que los gestores municipales del momento nunca nos dejaron contemplar y admirar.

En cuanto a la plaza de Santa Catalina, desde los primeros momentos de la reconversión de la ciudad islámica en cristiana, se convierte en una zona más que céntrica, urbanísticamente hablando, ya que en el siglo XV se piden reformas de ese espacio para convertirlo en una amplia plaza, puesto que los murcianos de aquel momento ya lo estaban reconvirtiendo en espacio neurálgico de la vida ciudadana. Muy pronto pasó a ser centro oficial, social, económico y público de la Murcia del XV y XVI. Las pocas diversiones medievales, las proclamaciones reales, los cortejos fúnebres, el castigo público de azotes a los condenados, las procesiones y rogativas, los 'misterios' del Corpus, los pregones públicos, la distribución de puestos por los jurados, incluso las reuniones concejiles, en muchas ocasiones, todo pasaba o se verificaba en esta plaza, durante estos siglos. Dentro de la organización de la ciudad, anteriormente musulmana, la plaza de Santa Catalina formaba parte de un enlace en sentido transversal que la comunicaba con las actuales calles de Platería, San Cristóbal, San Lorenzo y Selgas, para salir a la Puerta de Orihuela y en ese mismo lugar desde siempre existió un mercado o zoco musulmán.

Tan importante era la plaza que en ella también se encontraba el histórico edificio del Con-



traste de la Seda, construido entre 1601 y 1608 y declarado Monumento Nacional en 1923, siendo tristemente derribado en 1932. Quizás el edificio más monumental de Murcia, después de la Catedral, y que los regidores de los años 30 del siglo pasado también nos privaron de disfrutarlo a los murcianos de las siguientes décadas, debido a sus nefastas gestiones. En su lugar se edificó en los años 40 el edificio de La Unión y el Fénix.

Cercano a la iglesia, anteriormente mezquita, como hemos citado, se encontraba un importante cementerio islámico, donde se halló una lápida grabada en árabe, que se refiere a Al-Fadilah mujer de familia de Ibn Mardanis "el rey Lobo" muerta y sepultada en 1162, la cual se puede ver actualmente en el museo de las Claras.

La primera construcción de Santa Catalina, como era tradicional en la época, se realizó con ladrillo (obra realizada por los moriscos, verdaderos artesanos de estas construcciones), escasa piedra de sillar y con armadura de madera único vestigio que aún se conserva.

El Cardenal Belluga se encargó de la primera gran reparación, pero fue la remodelación que hubo ya en el siglo XX, la que llevó a cabo el diseño y la obra del templo que actualmente se puede ver y que se adaptó en el exterior y en el interior al estilo ecléctico predominante en esos años.

Amor por lo cofrade

Manuel Nadal Ortega
Cofrade murciano

Es el invierno del año más atípico de lo que llevo de vida, aquí estoy delante tuyo narrando mi vivencia, una vida cofrade que empieza; desde aquella vez que me trajeron un crucifijo a casa, se trataba de un crucifijo de plata al que yo le tuve un inmenso cariño, al cual yo no era consciente en ese momento, que eso era devoción. Este es el punto de inicio de esta historia de un chico normal, pero que despertaba en su interior una llama de amor por lo cofrade.



Pues quien os habla, no es cofrade de sangre, es decir, que no se me fue colgado en mi cuello una medalla antes de ser registrado civilmente. Yo disfrutaba las procesiones desde la silla, veía los pasos de nuestra Semana Santa internacionalmente reconocida.

En esos pasos observaba algo más allá de la talla, analizaba las caras de las imágenes y lo que querían decirnos desde un silencio que lo explica todo, porque en Murcia existe ese silencio que te habla, te dice palabras de socorro y amparo, aunque tornen en dolor; es la fe que, en su callada afir-

mación, me susurraba al oído la palabra CARIDAD, ese es su nombre caridad por lo cofrade.

Caridad es el amor hacia el hermano, es en sí la expresión de toda una belleza hecha imagen de Cristo en la tierra, esa imagen vino a parar a Murcia y vistiendo de color corinto sus fieles hijos, que ellos mismos contaron conmigo para gozar del olor a incienso, pues yo ya había acolitado en otras procesiones, comenzando por Fátima de San Pedro Apóstol, el propio San Pedro de dicha parroquia aledaña a la iglesia de esta imagen que cautiva cada Sábado de Pasión a la ciudad bañada por el río Segura, llamado Cristo de la Caridad.

Yo, siendo cofrade de la Esperanza de la parroquia de San Pedro Apóstol, considero como el verde de nuestra huerta se enreda en mi corazón y de ahí brota esa ilusión de un niño que se quiere acercar a su titular; el arrepentimiento de si he cometido algún pecado, obtener el perdón de Jesús como lo consiguió María Magdalena; el entrar en Jerusalén, que es Murcia en Semana Santa; sentir el llanto de San Pedro arrepentido, cada vez que veo salir del dintel de la puerta al titular de Esperanza; siento la cruz cada vez que me visto de penitente en la tarde noche del Domingo de Ramos, de olor a palma y olivo recién cortados de nuestro particular Getsemaní; las ganas de comerme el mundo a través de la juventud del discípulo amado; compartiendo los dolores de una madre corredentora de corazón puro y limpio y el sentido de Esperanza en cada cosa de mi vida, como faro y guía que me conduce al puerto prometido por Dios, un señor de Esperanza y Caridad, que crucificado, reparte estas virtudes, pues ese sentido cobra más importancia en mi corazón cada día más.

El Perdón también cautiva mi corazón, la corporación magenta del Lunes de la semana más bonita del año, donde como un ángel espero la grandiosa sensación hecha oración, aunque me quedo prendido de la belleza de su cortejo, ante todo me aferro a la columna de la vida para ser coronado en la gloria, pues cada día que pasa me doy cuenta que pese al juicio, la gloria nos espera en la eternidad, donde nos encontraremos con los nuestros y tendremos ese sabor a reencuentro, pero mientras tanto el Señor nos enseña a pedir perdón y que aprendamos que pese a la soledad que esta cruel pandemia nos hace ver, que Él está con nosotros.

En estos tiempos, más que nunca Salud y Rescate. Salud pues este artículo lo dedico de manera especial a mis compañeros sanitarios, que son el consuelo de los afligidos y dan merced a los que necesitan, en sus momentos de dolor, la salud. Rescate también ya que le pedimos con esperanza a Cristo que nos libere de esta pandemia, mientras tanto la cruz será nuestra guía.

Mi experiencia cofrade, también se encuentra en las postrimerías de la arciprestal del Carmen donde vivo mis momentos con el patrón de este castizo barrio carmelitano cada miércoles, cada vez que salgo de la academia, siempre con el corazón puesto en su cara, en la cara de un Cristo, Cristo de la Sangre en el que mi tía rezaba incesantemente, que en paz descansa.

Si me tengo que quedar con otro momento, es con ese silencio de Jueves Santo, que pausa todo y de nuevo las imágenes de este día de la última cena del Señor cobran su dialogo con quien las ve, ora y pone sus plegarias. Esta jornada marcada como es costumbre por traslados, montajes y cantos con reminiscencias a un pasado, siempre acompañados de luz y de campanas.

Los Viernes santos siempre han sido muy familiares, acompañado de la eclosión barroca que acompaña siempre a nuestra ciudad desde la hora sexta hasta el anochecer, que se difumina con la negrura del Sepulcro de Cristo, realizado por el gran imaginero Juan González Moreno.



Otra de las cosas grandiosas de ser cofrade es que me deje guiar por la imagen de Nuestra Señora, la Virgen del Rosario. Pues yo perteneciendo a Nuestra Señora del Rosario de la conventual de Santa Ana, la Santísima Virgen me puso en el horizonte otro sábado, que siendo mariano, pues este escogió llamarse Santo en honor a la Soledad de María, en este caso, en su Rosario corintio teñido de negro, pues Cristo muerto, iba apagando ese sueño de los despiertos, anunciando el inicio de una primavera sin privilegio a retroceder, una primavera que nos introduce en el misterio de la resurrección de Cristo, avanzando en el significado sustancial de que el cofrade goza de la paz del cielo en la tierra.



También mi vivencia cofrade reside en otras ciudades, pues mi amor por lo cofrade vive de alguna forma también en la Huerta de la Reina de Córdoba, donde se encuentra mi querida hermandad de la Estrella, que me cautivó desde el primer día, su virgen de la Estrella que ilumina la ciudad del califato cada Lunes Santo. Reside también en el Albaicín de Granada, con su Aurora que engrandece cada Jueves Santo la ciudad nazarí. Sevilla con su Gran Poder, que es pues una devoción grandísima que le tengo y podría seguir la lista, aunque he citado los más importantes para mí.

Un cofrade no se puede quedar en una semana sola, pues las glorias nos enriquecen el patrimonio cofrade y humano durante el resto del año, pues también siendo hermano de la querida Cofradía de Nuestra Señora de los Dolores de la parroquia de San Lorenzo, en el que os escribe siente un cariño, como de un abrazo se tratase a una Madre Dolorosa al pie de la cruz. Disfrutar de las glorias, es disfrutar de sus cultos con olor a huerta, gozo y elegancia. Es pasar un rato agradable, donde se vive un ambiente especial, de trabajo bien hecho, de tertulia nazarena, de reencuentros, de ilusión, de ganas, de pasión y amor por lo cofrade.

No quiero terminar este artículo, sin agradecer a Dios, la Santísima Virgen y las cofradías que habéis contado conmigo, en especial, Cabeza, Gracia y Buen Suceso, Olvido y no quiero culminar sin agradecer a mis cofradías de la Esperanza, Rosario, Juvenil de Fátima y Dolorosa de San Lorenzo. Por último, agradecer al presidente de la Cofradía de la Caridad, por contar conmigo y la confianza puesta en mí, para desarrollar este artículo en el que he plasmado humildemente mi vivencia cofrade, como veo yo mi Semana Santa y espero que os haya gustado.

Quando suene el primer tambor

Francisco Nortés Tornel
Director Sentir Cofrade

Inmerso en los preparativos navideño del programa Sentir Cofrade, dentro del guion, creí oportuno pedirle a los Reyes Magos por el final de la pandemia, por la salud del mundo. Un momento en el que recordamos a todos los que trabajan en la primera línea de batalla, reconociendo su importante y necesaria labor, así como las devastadoras consecuencias de esta pandemia. Pero mi parte más cofrade no podía evitar mencionar esa semana, esos días que lo cambian todo de año en año y me vais a permitir que lo comparta con vosotros.

Ese día que no olvidaremos, cuando suene el primer tambor... Cuando de nuevo oigamos de lejos las campanas voltear anunciando el fin de la pandemia, cuando veamos por las calles de nuestro barrio pasear a nuestros Patronos, cuando de nuevo corran caballos hasta el Castillo de Caravaca y en Yecla suenen alborozados los arcabuces junto a su Virgen. El momento que todo nazareno espera, regresar a sus reuniones de paso, a recoger su tique de salida, a volver a los ensayos... a poder abrazarnos y mirarnos sin miedo. El día en que se nos erice la piel al escuchar en el horizonte del cielo, tras unos edificios, el murmullo de unos tambores sonando en pleno ensayo, o cuando de nuevo la iglesia huele a flores frescas dispuestas a subirse al paso.

Quiero oler a cera quemada, a pólvora estallando en el aire, que ondeen pañuelos azules y blancos en la ciudad del Sol y que Jumilla por fin estrene su internacionalidad. Que Cartagena vuelva a ser la primera en esa noche de Socorro y que los Moraos feliciten a la Dolorosa en Alhama. Que desborde la alegría ante unos pasacalles con pasodobles y marchas, que por fin el Santo Cristo baje a la Asunción, que el Niño bendiga Mula y que Cehegín se maraville ante su Patrona.

Que nadie se quede sin volver a ver a la Reina del Monte Carmelo surcar el Mar Menor y las calles del interior. Que las cuentas de su Rosario y los puñales de su corazón sean signos de esperanza. Porque llegará el día en que todo acabe y de nuevo, entre multitudes, la Madre de Murcia, María Santísima de la Fuensanta que es Patrona y Protectora nuestra, regrese a Algezares en una triunfal romería, en donde cientos de miles de pétalos caigan de los balcones, que los campanarios resuenen como nunca y que el aplauso sea extraordinario, que la Virgen vuelva a su casa. Que nadie falte a lo largo del camino.



Así, como en cada municipio, en cada rincón de esta gloriosa Diócesis de San Fulgencio, tengamos una primera vez, cuando de nuevo se abran sin recelo las puertas del templo, sin aforo, sin miedo. Cuando el paso se alce en hombros, que la gente en las calles espera, que el mayordomo ya ha dado la orden: ¡procesión a la calle!

Ese y no otro, ese día que no olvidaremos, cuando suene el primer tambor...



Gracias

Manuel Pérez Fernández
Nazareno de Honor 2020/2021 de la
Muy Ilustre y Venerable Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad

Hace ya casi 20 años que tengo el honor de pertenecer a la Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad.

Fue allá por el año 2002, cuando la Cofradía, que no pasaba por sus mejores momentos, mi amigo y Presidente de la Junta Gestora nombrada por el Obispado de Cartagena, Antonio José García Romero, tuvo a bien contar conmigo para la tarea que le había sido asignada. No fueron años fáciles. Pero gracias a ellos, tuve el honor de conocer a nazarenos, implicados por su Cofradía y por la Semana Santa de Murcia en general. Nazarenos, que no escatimaron esfuerzos, para sacar adelante aquella etapa, tan comprometida, y tan difícil que nos tocó vivir.

Durante todos estos años, he intentado, siempre dentro de mis posibilidades, estar a la entera disposición de la Cofradía, cuando ha hecho falta, siempre sin esperar nada a cambio. Porque.....¿qué premio más grande puede tener un Nazareno, que el servir a su Cofradía?. No lo hay. No hay premio que se pueda comparar con el gozo de tener unos hermanos como vosotros. Todo un lujo y a la vez, un HONOR.

El pasado año, debido a la situación de Emergencia Sanitaria que tuvimos, ocasionada por la pandemia de la COVID-19, nuestro Cabildo Superior de Cofradías, se vio en la tesitura de tener que tomar, la decisión más difícil que puede tener cualquier Junta de Gobierno, la de suspender las Procesiones de Semana Santa, que no la Semana Santa, porque esta no se puede suspender ya que en ella revivimos la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Creedme, el año pasado, en lo que a mí respecta, pude vivir una Semana Santa, como nunca había vivido, una Semana Santa de oración, recogimiento, de solidaridad, que hizo que, ésta fuera totalmente distinta. Se vivió una Cuaresma llena de gestos hacia nuestros Servicios Sanitarios, Emergencias y demás colectivos que pusieron lo mejor de cada uno de ellos, para que hoy, podamos estar un poquito más cerca, del final de esta pandemia tan cruel que nos está tocando vivir.

Tuvimos, una Semana Santa, cuanto menos atípica, como ya he dicho anteriormente, una Semana Santa sin bullicio en la calle, sin el vendedor ambulante con los carritos multiusos, llenos de palomitas, pipas, globos, el tambor de juguete y la trompeta para el niño, que luego procurabas



cambiársela (...al niño, se entiende) por unos caramelos o algunas piruletas, a fin de que éste, dejase de tocarla y no nos deleitase con tan magna sinfonía..... que dicho sea de paso.....normalmente no se conseguía y acabábamos nosotros comiéndonos los caramelos.



Vivimos una Semana Santa, desde el balcón, confinados y confitados, a la vez, por que sí; faltaron las procesiones, pero las torrijas, los pestiños, las monas de pascua, las empanadas y los caramelos, esos..... esos no nos faltaron.

Vivimos una Semana Santa, llena de grandes momentos llenos de nostalgia, que nos hicieron soltar alguna que otra lágrima. Lágrimas de emoción

algunas veces y de impotencia otras, sobretodo, cuando salían a la palestra, nuestros políticos de turno y nos daban el “parte del día” (como si de una guerra se tratase) y podíamos observar, un día con otro, que el número de compatriotas fallecidos iba en aumento, llegando a cifras inimaginables. Pero eso sí, una Semana Santa llena de oración y de redes sociales, que se convirtieron en un elemento evangelizador, como nunca podríamos haber imaginado. Vaya por todos los que han dejado de estar entre nosotros, los que han vencido al virus, el personal sanitario y todos aquellos que están en primera línea, este humilde homenaje, en forma de oración de duelo para unos y de acción de gracias para otros.

Este año, a la fecha de realizar este artículo para nuestra edición de Rosario Corinto y aunque todo hace suponer que vamos a seguir sin tener pasos en la calle, por la restricción sanitaria, debe de ser un año de Esperanza, de Oración y de responsabilidad colectiva, para que, en el año 2022, podamos oír a nuestro Mayordomo Presidente, decir aquello de “PROCESION A LA CALLE” y disfrutar de una de las semanas más hermosa del año.

Como Nazareno de Honor de la Cofradía, he creído oportuno, hacer este artículo y en él poder de alguna forma, agradecer siempre todo lo bueno que he podido “mamar” de esta Gran Cofradía.

En los años, en los que he estado al frente de la Procesión, responsabilidad que acepte de nuestro Mayordomo Presidente, ha habido un equipo HUMANO, del que no me quiero olvidar, pues gracias a ellos y a su disposición, para con la Cofradía ha sido posible, tener la puesta en escena, que hemos tenido estos últimos años. Gracias a los Celadores de Hermandad, Mayordomos, Damas de Mantilla, Cabos de Andas, Estantes y Penitentes y en especial al que fuera mi mano derecha dentro de aquel equipo, nuestro Javi, “el Chiquillo”, como cariñosamente le llamamos y del que algún día contaremos, su peculiar forma de solicitar el ingreso en la Cofradía. A ellos dedico este nombramiento, pues hicieron muy fácil el trabajo de éste, que lo fue, el Comisario de Procesión.

Dicen que es de bien nacido ser agradecido y, por lo tanto, quiero hacer honor el refrán y agradecer a nuestro Mayordomo Presidente de la Cofradía y a la Junta de Gobierno, por haber tenido a bien hacerme este nombramiento, del que creo no ser digno merecedor, pero aun así GRACIASQue para no ser digno merecedor, me ha durado dos años. Bromas aparte, gracias Antonio de corazón.

He querido dejar, el final para hacer mi mención honorífica particular, a la persona que me enseñó a rezar, esa persona que cuando tenía algún problema o me veía raro, me decía: “¿Manolico hijo, que te pasa?”. A lo que yo le contestaba: “nada mama” y ella, a sabiendas que era mentira, lo

que yo le indicaba, me respondía: “reza un padrenuestro y una avemaría y verás como el Señor y la Virgen te ayudan”. La persona que me educó siendo padre y madre a la vez. Sí, he querido dejar este final, para hacer esta mención a mi Madre, mi Fina, que desde el cielo me la imagino junto con todos los allí presentes, presumiendo de su hijo en estos momentos, que, aunque atípicos, tan maravillosos que estoy viviendo. ¡¡Gracias Madre, por haberme enseñado a ser la persona que soy;

Por último, permitirme que haga más un fragmento del pregón de Rafa Serna, para la Semana Santa de Sevilla del año 2016, que, de esta bonita forma, se refería a la Esperanza, esa tan necesaria para afrontar el tramo final, de esta pandemia..... y dice así:

*“Esperanza,
La de todos los mortales,
que en esta tierra no hay nadie
que pueda vivir sin ella,
y que de ella pueda apartarse.
Nacemos de la Esperanza,
encarnada en nuestras madres
y desde ese mismo momento,
en ese primer instante,
los ojos de la Esperanza
son los primeros en mirarte.
Y ya de ti no se apartan,
por más que los tiempos pasen,
en este sueño de vida,
¿sabes lo más importante?
Agradecer lo vivido,
disfrutar de cada instante,
compartir como un buen hijo
los dones que ella reparte,
aliviar al afligido,
enseñar al ignorante
defender al desvalido
curarlo para que sane,
rescatarlo del olvido,
decirle que no se aparte
del amor de Su mirada
por más que los tiempos pasen”.*

Un saludo a todos y mucho ánimo, que pronto estaremos vistiendo nuestras túnicas, disfrutando de nuestra querida Semana Santa y acordándonos de los que se han quedado en el camino.